

“ENSAYOS POLITICOS.”

EL CACIQUE

Lector: En tu incesante caminar por España le habrás visto, reconocido y detestado infinidad de veces. Es una vergüenza nacional.

Si has vivido en un pueblo de mediana o escasa densidad de población, habrás observado unas veces, dibujarse su trágica y repugnante silueta confundida en la alegría popular de la masa ciudadana, otras, por el contrario, habrás notado que su execrable figura huye de los sitios de regocijo y se esfuma en la penumbra de casuchas, sitas en arrabales inmundos o callejas sórdidas, tétricas y miserables.

Es él un ser vitando y funesto, herencia de tiempos pasados, de confusas y contradictorias cualidades. Paciente y solapado espera el fracaso, anhela con ansias vesánicas la caída y el hundimiento de la República, no queriendo comprender, ¡insensato!, que en el derrumbamiento sería él quien primero sufriese las consecuencias, pereciendo entre los escombros, víctima de su propia obra.

Casi siempre encuentra medios para arraigar en las esferas oficiales y centros políticos, siendo tal la fuerza de sus raíces—tentáculos invisibles—que difícilmente, y merced a titánicos esfuerzos, se debe lograr separarle completamente, extirpando de manera radical toda influencia en los Gobiernos y Política de esencia puramente democrática.

Su fuerza es poderosa y, practicando la máxima jesuítica de que *el fin justifica los medios*, son innumerables las injusticias e inmoralidades que cometi6; y si pronto no se pone coto, las seguirá cometiendo.

Tiene la viveza del rat6n y su astucia se reduce a saber cuatro reglas de vieja gramática parda y a falsear por procedimientos infames la voluntad del pueblo.

Su tinglado se asienta sobre la incultura y la miseria de jornaleros y demás gente necesitada que, a semejanza de Esaú a Jacob, venden lo más preciado de su condición ciudadana por unas monedas o por un trozo de pan para sus hijos, que en hogar misérrimos familiares, hambrientos, llevando en su cuerpo el sello indeleble de la tuberculosis y en su corazón el drama de su desamparo, nada saben ni entienden de votos, candidatos ni electores.

El cacique es miserable por instinto, especula con el sudor y la vida de sus semejantes.

Cobarde, no tiene el gesto gallardo de luchar cara a cara, frente a frente y recurre a medios infames a procedimientos inicuos para exterminar a su adversario.

Usurero, siempre usurero, presta hasta su capa y prefiere helarse en crudos días de invierno con tal que al cabo de determinado tiempo, el necesitado que cayó en su garras, se vea perdido y manejado por sus manos como un muñeco, como un fantoche desarticulado sin voluntad propia.

Hip6crita, fingiendo humildad, p6srase de hinojos ante el amo u otro más fuerte, y ante el humilde

y el débil pone de relieve la vileza y soberbia de su corazón.

Farsante, simula públicamente amor a la República; y en privado, en sus palabras y en sus hechos, perversa y ladinamente, se dedica con el despecho en los labios y la ira en el corazón, a combatir con insidias y trastreros ap6strofes a la República y sus hombres, para así, minándola, de-hacer, si posible fuera entre sus manos impuras, el porvenir lleno de esperanzas, plebético de ilusiones, que se presenta a la nueva España, que resurge por el esfuerzo inmenso de unos hombres, espíritus fuertes y abnegados, renaciendo como las plantas y las flores en un hermoso día de abril, en que la Naturaleza toda parecía puesta de acuerdo para celebrar el despertar de un pueblo hasta entonces ataragado, soñador y lleno de inmerecidas adversidades.

Cacique. Tú eres la figura más justamente odiosa y odiada por el pueblo y tus oídos son insensibles al dolor y al grito de los más; pero día llegará en que tus víctimas te exijan estrecha cuenta de todos tus actos. Y entonces... ¡tiembra!

Tiembra, porque sobre tu corazón—frio como el mármol, duro como el diamante, inmundo como un lodazal—comenzarás a sentir el peso enorme de las ilegalidades por ti y tus secuaces cometidas.

Monstruo de hipocresía, usurero, cobarde, explotador, yo desde aquí te lanzo mi anatema y te auguro que te perseguirán como a una alimaña, como a un ser nefasto, indigno de llevar el nombre sublime, la dignidad excelsa de ciudadano español.

José Luis Navarro

FAROLAS CAVERNÍCOLAS

En nombre de ningún principio, señores concejales de la derecha, pueden protestar de la conducta observada por nuestros Diputados señores Covisa y Almagro como Diputados a Cortes en la cuestión del Estatuto de Cataluña.

Libre y conscientemente han procedido en ésta, como en otras cuestiones.

Se han atenido en un todo a preceptos consignados en la Constitución y patriotas, pero no patrioteros de a 0,65, juzgan que la autonomía de Cataluña es compatible con la unidad, de la patria, soberanía del Estado Español y engrandecimiento del suelo Hispano.

Además, ustedes moralmente están incapacitados para protestar de nada que hagan esos señores. La gran masa de opinión que los eligió (de la que ustedes no forman parte) está compenetrada con su actuación y es la única que puede darles sugerencias.

¡A nosotros no nos parece aceptable la actitud del señor Fanjul! Pero ya nos guardaremos muy bien de coartar su libertad (de la

EL QUINCE DE JULIO

Refresquemos la memoria

Es notable y expresiva, en tan preciso momento, la plausible iniciativa (de la situación consciente y atentos al medio ambiente) de los ediles de izquierdas. Redactan un manifiesto, en el cual hacen historia de episodios lamentables, algunos inconfesables, de una jornada cruel de aquellas horridas salvajes, de unos vampiros sin hiel, con su lema *la opresión*, de un ideal mercenario. La hidalga Ciudad de Cuenca, convertida en escenario de execrables fechorías de aquellas viles jaurías, con trabucos y rosarios, tuvo por doquier osarios. Cometieron mil excesos con los seres indefensos. Sus inauditas acciones serán por todos los siglos un recuerdo de amarguras para las gentes futuras de espíritu liberal. Tengan presente la historia que refresque su memoria aquel hecho tan fatal. Los perversos invasores con cruces y escapularios, que colgaban de sus pechos, con instintos de traidores, como perfectos corsarios, iban matando y robando y asaltando los hogares de honorables liberales, entregándose al saqueo, misión de sus ideales. Hay que recordar con odio; que penetre en las conciencias, aquel funesto episodio con una protesta airada; que llegue a los corazones de los hombres del mañana, y que, con normas modernas, eviten que en las cavernas, puedan fraguar algún día sus inciviles retoños, otra idéntica jornada. ¡Llor a los concejales, fervorosos liberales, que en momentos especiales enarbolan la bandera de la excelsa democracia, hija de sus ideales! Procurando el bien de todos, transigiendo noblemente, sin alardes de pasión, van laborando en silencio unidos a la razón; pero, en el caso presente, se interpuso en su camino un sector intransigente, con banderín de impunismo y con él cubrir las lacras, que para el caso es lo mismo.

Pero la excelsa verdad y su hermana la razón son tan fuertes elementos que, aunque en la acera de enfrente sufrió un pequeño accidente, como jamás retroceder, se irguieron solemnemente con su luz clarividente, como diáfana aurora, que ilumina continentes, arrollando en buena hora unos falsos argumentos. El triunfo de la verdad es triunfo republicano; con él crece y multiplica la noble fraternidad entre todos sus hermanos. De todas las desnudeces que brinda madre Natura, la que más mérito tiene es ver la verdad desnuda. Sin embargo, es mi prurito el practicar la cordura, manteniendo las distancias, sin perder la compostura; pero con ojo avizor para evitar el instante surja otro nuevo invasor. Con enemigos audaces, fanáticos contumaces, hay que formar la atalaya para tenerlos a raya.

Antonio Ruiz Escudero.

que es muy dueño) y pedir para él votos de censuras. ¡Allá sus electores!...

¡Pues no faltaba más que tuvieran que consultar a ustedes para actuar!

LA CUESTION SOCIAL Y LA IGLESIA

La Iglesia murió ya moralmente en las luchas revolucionarias por la liberación del pueblo, con los cambios y mutaciones de las viejas sociedades. Queda, sin embargo, en pie, cual otros vestigios del pasado, su preeminencia, su privilegio en el general naufragio. Las clases burguesas se irguieron a su aparición sobre el mundo antiguo declinante. La fe fué sustituida por la razón, y esta conmoción universal mató a la Iglesia. No obstante, volvió ésta a resurgir con los posteriores restos del pasado.

Después de la profunda sacudida que tendiera a la nivelación social, nuevas y dominadoras castas aparecen y los dispersos miembros sociales en tensión, van poco a poco recobrando su primitivo estado de desigualdad.

Así la Iglesia, muerta su dominación mundial, adquiere una nueva modalidad de preeminencia al servicio de las clases triunfadoras. Su posición actual respecto a las vindicaciones del proletariado y sus luchas por su liberación está, pues, perfectamente definida. Ella, que condena el liberalismo y la sociedad sin Dios; ella, que también habla contra los regímenes actuales en lo que para sí tienen de humillante supeditación, con humos de antigua y dominadora señora, col6case, no obstante, cabizbaja y sometida, al lado de los actuales señores del mundo, y representantes del Dios bíblico en la tierra; vase con los dioses del oro y la opulencia en las modernas luchas de Capital y Trabajo. No quiere sancionar la igualdad social, verio en las oprimidas masas, habituada desde siglos a la universal dominación. No concibe, no puede concebir, igualdad de derechos y deberes entre todos los humanos.

Las encíclicas establecen como cosa natural las desiguales categorías en la humana especie. La subordinación de todo lo existente a Dios fija ya abajo una escala de jerarquías de éste y sus representantes que, extendiéndose, va entre las clases sociales todas. Así la propiedad, la autoridad, la preeminencia en el actual escalonado concepto y, más que en el actual, en las definiciones todas del Derecho antiguo, son dogmas por la Iglesia sancionados. Es sofístico en extremo el concepto que el derecho a la apropiada riqueza le merece. «Cierito—exclama no pudiendo ya escapar a las modernas conclusiones de la Economía y la Sociología—: la Tierra y sus productos, así como los de la Industria y el Comercio, han sido dados por Dios al hombre, sin previa distinción entre los humanos. Mas luego, su distribución y cambio, Dios lo deja encomendado «a la Industria de los hombres», y «allá ellos después se las hayan». Y con esto la Iglesia ha dicho su última palabra, y el infalible tan fresco.

Pero luego, no pudiendo susstraerse a las palpitaciones de la opinión obrera, con sus angustias y sus viriles protestas, sus anhelos y esperanzas, sus convulsiones y sacudidas, sus violencias y sangrientos choques contra el orden existente, márchase por otros derroteros e intenta encauzar el inevitable movimiento obrero por las

vías deslizantes. Para ello alza bandera una llamada democracia cristiana, con sus recetas y medicinas, sus cataplasmas y paliativos a la pavorosa y crónica enfermedad social, y reconoce un principio de derecho obrero, todo un vasto y premeditado plan de reformas sociales, siempre dentro del estrecho molde del privilegio y la sumisión; la opulencia y la humildad dentro de las jerarquías; la división y subdivisión de la sociedad en desiguales clases. Es el toque de campanas de una desesperada agonía, de una profunda crisis de religioso padecimiento y de la cual la Iglesia no puede curar, sin el total anodamiento del mundo moral y material bajo sus pies. Por eso, las oprimidas masas, por tan luengos siglos de supeditación a su yugo uncidas, ha tiempo se hicieron descreídas y ven en ella un enemigo más de sus libertadores anhelos, luchando virilmente con todos los poderes contra ellas coligadas. La clase obrera, consciente de sus futuros destinos, concibe una más amplia moral que la mediocre moral cristiana, una más hermosa concepción de la humana personalidad. La Iglesia ensalza el desdén al cuerpo y a la vil materia para la salvación del espíritu del alma; la degradante imposición del trabajo al hombre como humillante estigma, y su doctrina desoladora es un canto al dolor universal para el eterno goce de las ultraterrenas bienandanzas. Así justifica plenamente el transitorio paso del desventurado paria por este valle de lágrimas, en tanto cruza su camino la sombra siniestra del déspota enriquecido.

El proletariado español, nuevo organismo progenitor de venideras sociedades, lleva su idealidad y su espíritu a la obra de la humana liberación, cantando el triunfo definitivo del Trabajo soberano y dignificador del mundo para ejercicio del cuerpo y esparcimiento del espíritu.

Ambas fuerzas se repelen; las dos son profundamente antagonicas. La una representa la noche tenebrosa de un pasado cruel de barbarie y de maldad; la otra es símbolo de paz y amor entre los hombres.

La Iglesia, al fin, perecerá, y en la postrera y horrible muera de su agonía se salvará la humanidad, purificada y libre.

Salvador San Millán.

DE ACTUALIDAD

En prensa este número, llega a nuestro poder el manifiesto que, con por su cuenta y razón, dirigen al pueblo conquense los concejales derechistas de nuestro Ayuntamiento. Por ello, no lo publicamos.

—Durante los días 8 y 9 estuve en Cuenca unos ingenieros de la Compañía de los ferrocarriles de M. Z. A., con objeto de estudiar la forma en que se podría establecer un tren de turismo, para los domingos y días festivos durante el verano, de Madrid a Cuenca; pero no hay nada en firme.

Si acaso llegara a ser un hecho este servicio ferroviario tan interesante para Cuenca, se anunciará oportunamente y con todo detalle.

A nuestros suscriptores de provincias rogamos una vez más, hagan el favor de ponerse al corriente en el pago, pues de no hacerlo, nos obligarán a que sus nombres aparezcan en las columnas de este semanario.

El Administrador